

ENVASES COMERCIALES BAJO EL MAR: LAS ÁNFORAS Y EL COMERCIO MARÍTIMO EN LA ANTIGÜEDAD. ALGUNAS CONSIDERACIONES TEÓRICAS

Miguel Ángel LARRIO LARA
Arqueólogo

Introducción

En este trabajo pretendemos detenernos en la concepción formal de las ánforas, es decir, tratamos de recopilar algunos de los aspectos teóricos que supone el término y el concepto de ánfora para una mejor comprensión de este objeto arqueológico. Nos referiremos al ánfora en general, como un elemento arqueológico único. No obstante, especificaremos ámbitos culturales, esto es, hablaremos de *ánfora púnica*, de *ánfora romana*, de *ánfora griega*, etcétera, en la medida en que estos adjetivos aclaren un aspecto importante en la comprensión del concepto «ánfora».

Por otro lado, pese a lo que pueda pensarse en un principio, guiados por la enorme cantidad con que estos objetos arqueológicos aparecen en algunos yacimientos, estos recipientes, de grandes dimensiones e incluidos desde siempre en el grupo de la cerámica común, son objeto de un estudio detenido y con la atención que merecen tan sólo desde fecha reciente. A principios de siglo, el estudio de las ánforas era casi propiedad exclusiva de los epigrafistas, para pasar posteriormente a la órbita de estudio de la historia económica.

Además, en algunos casos las ánforas eran consideradas en estos primeros momentos de la investigación con un cierto desdén. Panofka, por ejemplo, en 1829 califica a las ánforas como simples vasos vulgares (1). Tendremos que esperar hasta que Dressel en 1878 publique un libro de notable interés para el estudio y, en cierta medida, una primera valoración de las ánforas (2). No obstante, la verdadera eclosión en el estudio de los materiales anfóricos se produjo con el nacimiento y desarrollo de la arqueología submarina a partir de la Segunda Guerra Mundial. En este sentido, son dos los grandes arqueólogos

(1) PANOFKA, Th.: *Recherches sur les véritables noms des vases grecs et sur leurs différents usages d'après les auteurs et les monuments anciens*. París, 1829.

(2) DRESSEL, H.: «Ricerche sul Monte Testaccio». En *Annali dell'Istituto di Correspondenza Archeologica*. 1878, págs. 118-192. Roma. Unos años más tarde, otro estudioso de la

que elevaron el conocimiento de las ánforas a la importancia que merecen, nos referimos al arqueólogo francés F. Benoit y al arqueólogo italiano N. Lamboglia, en cuyas obras sobre diferentes conjuntos arqueológicos del Mediterráneo, y aun en obras de conjunto que iremos citando en lo sucesivo, irán sentando las bases de los conocimientos actuales.

Concepto y definición de «ánfora»

Si hacemos caso a E. Hamon y a A. Hesnard (3), no existe realmente una definición explícita de las ánforas. Generalmente, se suele decir que estos envases son un conjunto de recipientes de dos asas. Sin embargo, esta definición no es aceptada de una forma completa por todos los investigadores. En efecto, existen numerosas piezas cerámicas con dos asas que no son catalogadas como ánforas debido a que no tienen un carácter funcional destinado al transporte de mercancías o, si son consideradas como ánforas, se las incluye en el apartado de cerámica de lujo, pues el cuidado empleado en su elaboración dista bastante del escaso mimo que se ha dado a las ánforas concebidas para el transporte comercial pues, como muy bien señala Beltrán (4), las ánforas son objetos artesanales que se fabrican en el mismo lugar que el contenido que van a transportar y al elaborarse por partes, como veremos más adelante, adquieren un aspecto tosco.

En cualquier caso, debido al objeto de este trabajo, cuando hablemos de ánforas estaremos siempre haciendo referencia a aquellos ejemplares de dos asas destinados al transporte funcional; es decir, nos estaremos refiriendo a los envases vasculares de uso comercial.

Centrándonos ya en la definición, diremos que el término *ánfora* deriva etimológicamente del griego ἀμφορεύς, que vendría a significar vaso grande de dos asas. Este vocablo surge de la contracción de ἀμφο (ambo) y φορεύς, que a su vez derivaría de φέρειν (llevar). Simplificando, podemos decir que *ánfora* sería aquel contenedor con asas opuestas y verticales, colocadas comúnmente cerca de la boca del recipiente o en su mitad superior.

Las dos asas son precisamente el elemento clave que distingue el ánfora de los otros vasos de la Antigüedad. Ya el propio Homero utilizaba el vocablo *amphiphoreus* para referirse al asa cuando nos habla, por ejemplo, de las ánforas en el momento en que Telémaco llevó vino para Néstor, rey de

arqueología sintió una cierta atracción por las ánforas. Se trata del barón Pepoli, que en los años 80 del siglo XIX suscitó un interés por estos envases al recoger ejemplares en el monte Erice (Sicilia), que serían publicados más tarde por Pellegrini [Pellegrini, A. (1887): «Iscrizioni ceramiche d'Erice e suoi dintorni». En *Archivio storico siciliano*, XII, págs. 184 y ss.]

(3) HAMON, E. y HESNARD, A.: «Problèmes de documentation et de description relatifs à un corpus d'amphores romaines». En *Méthodes classiques et méthodes formelles dans l'étude des Amphores. Collection de l'École française de Rome*, 32. Roma, 1977, pág. 17.

(4) BELTRÁN, M.: «Problemas de la morfología y del concepto histórico-geográfico que recubre la noción de tipo». En *idem* congreso anterior. 1977, págs. 97-131.

Pilos (5). Esta misma palabra, *amphiphoreus*, la tenemos en los ideogramas micénicos del Lineal B (hacia 1450 a. de C.) con el mismo sentido de vasos contenedores.

Las ánforas, además de esas dos asas que las caracterizan, tienen por lo común una forma apuntada o redonda por su parte inferior. Esta característica ha sido pasada por alto en numerosas ocasiones pero es tan fundamental como la propia idea de las asas, pues esa punta en la parte inferior vendría a desempeñar el papel de una tercera asa que ayudaría a volcar el ánfora y verter su contenido. Asimismo, esta parte inferior permite erigir el ánfora hundiéndola en una superficie blanda u horadada.

Otro asunto a considerar es que, por regla general, cuando nos referimos a las ánforas las relacionamos automáticamente con el entorno cultural griego o romano. Esto es evidentemente incorrecto, pues vasos con asas verticales y una pequeña abertura que servía de boca existían ya en el bronce de Palestina y Siria entre el VIII y el IV milenio. Como señala Gras (6), parece bastante probable que el ánfora naciera con el vino; no obstante, será a partir de mediados del II milenio cuando empezemos a observar que los recipientes circulan, y son precisamente ánforas cananeas.

No debe tampoco desecharse, en estos momentos iniciales de la circulación de estos envases, el papel que debieron tener, a pesar de todo, las ánforas micénicas, pues en las tabletas de Pylos encontramos el vocable *wo-no* para hacer referencia al vino; sin embargo, para esa época el repertorio de ánforas comerciales micénicas es todavía raro.

Desconocemos empero el término que los cananeos utilizaban para referirse a lo que nosotros denominamos ánforas. Existe el sustantivo semítico *kd* que podría ser el origen de la palabra griega *κοδος*, que aludía al ánfora para el transporte de vino oriental. Además, sabemos que son precisamente los cananeos los que dan al ánfora el concepto exclusivo de embalaje para transporte, pues conocemos que los egipcios, que copiaron modelos anfóricos cananeos, fermentaban el vino directamente en las ánforas (7).

El ánfora es, en definitiva, un vehículo de transporte que plantea pocos problemas, pues está fabricada con un material barato y fácil de trabajar: la arcilla. Además es reutilizable. Sin embargo, las ánforas están concebidas básicamente para el transporte marítimo, naval; y la sobrevaloración que se le ha concedido a nivel general como elemento monopolizador de todas las transferencias comerciales de la Antigüedad se debe a deformación de los arqueólogos, quizá por la abundancia con que aparecen en los sitios arqueológicos debido a su excelente conservación. No obstante, en el mundo antiguo otros contenedores debieron tener singular importancia en el transporte de mercancías. Nos referimos concretamente a los odres y a los toneles. Empero,

(5) *Odisea* (2290, 349, 379).

(6) GRAS, M.: *Trafics Tyrrhéniens archaïches*. École Française de Rome, 258. Roma, 1985, pág. 254.

(7) GRACE, V.: *Amphoras and the ancient wine trade*. American School of Classical Studies at Athens. Princeton-New Jersey, 1961, pág. 2.

estos objetos, pese a ser en algunas circunstancias comerciales más ventajosos que las ánforas, se han pasado por alto. Muy probablemente esto se debe a la mala conservación que presentan en los yacimientos, al estar elaborados con materiales perecederos como la piel y la madera. Jalmain, en un artículo dedicado a las ventajas y desventajas de las ánforas frente a otros contenedores (8), se preocupa por señalar la importante relación de la «rentabilidad» existente entre contenedor y contenido, y obtiene que el ánfora es el recipiente más práctico para las manipulaciones esencialmente marítimo-portuarias y urbanas o entre trayectos de corta distancia. Pero es el odre el mejor contenedor de transporte por tierra, al poder desplazarse en animales de carga con una mayor comodidad que la que puede brindar el ánfora. Y, por supuesto, no podemos olvidar como contenedor el tonel, que fue muy utilizado en el ámbito romano como lo demuestran numerosos bajorrelieves. Las ventajas del tonel son también muy numerosas. Por ejemplo, para un volumen de 30 litros, superior al del ánfora itálica, el peso en vacío de un tonel es de tan sólo 12 kilos, con lo que la relación continente-contenido es muy ventajosa, amén de que el tonel puede ser rodado y transportado flotando sobre un río, cuestiones éstas que la limitada arcilla de un ánfora no permite.

El proceso de fabricación de las ánforas y sus partes constitutivas

El proceso de fabricación de un ánfora es muy semejante al de cualquier otro elemento cerámico, la única diferencia llamativa deriva del gran tamaño que tienen estos envases.

El primer paso en su proceso de elaboración consistía en seleccionar la arcilla, el desgrasante y establecer una mezcla perfecta de ambos elementos con objeto de evitar las consabidas microfracturas sobre la superficie del ánfora que la harían inservible. El desgrasante no es más que unos pequeños granos de tamaño variable, pero que suelen oscilar en torno al milímetro de diámetro, y están destinados a endurecer la arcilla. El material seleccionado para desempeñar el papel de desgrasante era por lo general la mica, la cal, el cuarzo o sílice e incluso el granito. Una vez mezclado el desgrasante con la arcilla de una manera uniforme, se procedía a dar forma a la pasta con la introducción del bolo en el torno. El torneado, por el enorme tamaño de las ánforas, no debió ser una tarea fácil, por lo que estos envases nunca fueron fabricados de una sola pieza sino por partes que luego se ensamblaban entre sí cuando la arcilla estaba todavía tierna. Esto lo tenemos bien atestiguado en el ámbito romano (9) y es muy probable que fuera también practicado en los centros fenicio-púnicos por el simple principio de la comodidad. Este ensamblado por partes exigía un desbastado de las superficies mediante bruñidores,

(8) JALMAIN, M. D.: «L'amphore, le fût et l'outre». *Archéologie de la vigne et du vin. Caesarodunum*. Tome XXIV. Actes du Colloque 28-29 de mai 1988. De Boccard. París, 1990.

(9) CALLENDER, M. H.: *Roman Amphorae*. Oxford University Press. New York-Toronto, 1965, pág. 42.

con objeto de unir perfectamente las diferentes partes y darles la forma final. El proceso generalmente iba acompañado del engobado, es decir, añadir a la superficie del ánfora una solución de arcilla muy fluida y acuosa (el engobe) destinada a enlucir el ánfora.

El siguiente paso era conseguir la funcionalidad del recipiente, para lo cual había que endurecer todas sus partes mediante la cocción. No obstante, las ánforas, antes de ser introducidas en el horno, debían ser desecadas al aire libre, con objeto de evitar las siempre fastidiosas microfracturas producidas por el choque brusco de la pasta todavía húmeda y la lógica sequedad del ambiente en el interior del horno. Generalmente, si la arcilla era bastante depurada se secaba a la sombra, pero si, por el contrario, contenía bastante desgrasante era mejor hacerlo al sol para evitar las mencionadas microfracturas.

Una vez secada el ánfora, se procedía a su introducción en el horno para conseguir la dureza absoluta de la pasta (10). El proceso de cocción no es algo uniforme, sino que varía asimismo según el procedimiento empleado, la temperatura de la cocción y los componentes químicos de la arcilla. Todos estos elementos van a influir y dejar su impronta en el aspecto final del ánfora. Así, si la cocción se realizaba a una temperatura no inferior a los 800° C y de manera constante, el color de la pasta devenía homogéneo. Al contrario, con esa misma temperatura y con una cocción más rápida la pasta tomaba el típico color «sandwich», es decir, rojizo claro en el exterior y en el interior de la pared, y negro u oscuro en el medio. Por otro lado, si la cocción se realizaba a una temperatura inferior a los 800° C la pasta resultaba oscura tanto en el interior como en el exterior.

Una vez explicado muy sintéticamente el proceso de elaboración de las ánforas, pasemos a describir sus partes constitutivas. A saber:

— *Boca*. Se trata de la apertura de acceso al interior del recipiente.

— *Labio*. Es el área periférica de la boca. Posee generalmente algún tipo de incisión o moldurado. Su grosor es más grande que las paredes del ánfora para conseguir robustez y resistencia.

(10) No abordamos las partes constitutivas de los hornos ni sus diferentes tipologías, pues sería salirnos de los límites trazados para este trabajo; no obstante, para una primera aproximación a los hornos fenicio-púnicos puede consultarse PONSICH, M.: «Alfarerías de época fenicia y púnico-mauritana en Kuass (Arcila, Marruecos)». En *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 4, 1968. Y especialmente del mismo autor: «Fours de potiers puniques en Mauritanie Tingitane». En *X Congreso Nacional de Arqueología (Mahón, 1967)*. Zaragoza, 1969. Más recientemente, véase FRUTOS REYES, G. y MUÑOZ VICENTE, D.: «Hornos púnicos de Torre Alta», San Fernando, Cádiz, 1994. En *Arqueología en el entorno del Bajo Guadiana*, págs. 393-414. Huelva. Y para hornos que produjeron ánforas de tipo púnico-ebusitano, consúltese LÓPEZ MULLOR, A. y FIERRO MACÍA, J.: «Un horno con ánforas de tipo púnico-ebusitano hallado en Darró», Vilanova y la Geltrú, Barcelona, 1990. En GONZÁLEZ BLANCO, A., CUNCHILLOS ILARRI, J. L. y MOLINA MARTOS, M. (coord.): *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*. «Biblioteca Básica Murciana». Extra, 4. Murcia, págs. 443-465. Para una visión general e introductoria sobre los hornos romanos en la Península Ibérica basta la obra de BELTRÁN, M.: *Las ánforas romanas en España*. Zaragoza, 1970. Especialmente las páginas 91 a 97, donde se incluye un inventario de los principales hornos romanos de la Península Ibérica documentados hasta el año de publicación de la obra.

— *Cuello*. Es la parte que une el labio y la espalda. Puede faltar, pero cuando existe suele tener un diámetro inferior al del ánfora en general. Este estrechamiento sirve para albergar el tapón o cualquier elemento de cierre.

— *Asa*. Es, por así decirlo, la parte más emblemática del ánfora. Ya vimos en la definición cómo la presencia de las dos asas es precisamente la que ha conferido a esta forma cerámica el nombre de ánfora. El asa es una moldura variable en la forma que sirve para asirla en su transporte o para su fijación mediante suspensión.

— *Espalda*. Es la parte que une la panza y el cuello y, cuando falta éste, el labio y la panza.

— *Panza*. Es la parte más grande del recipiente y está destinada a contener la mercancía a transportar.

— *Pie*. Consiste en la parte inferior del ánfora, resaltado o no, y sirve para sostener el recipiente en posición vertical al incrustar dicha parte en un agujero o superficie horadada.

— *Umbo*. Es un reforzamiento opcional que se sitúa en el pie.

— *Tapón o sistema de cierre*. Se trata de una parte sumamente importante del ánfora que suele pasar desapercibida en los estudios al uso, o no incluirse en el apartado de elementos constitutivos del ánfora, algo totalmente erróneo, pues el sistema de cierre es una parte más de estos recipientes. Nuestra escasa dedicación a este elemento nos viene dada por la deformación que tenemos, debido a que es una parte sumamente frágil de estos envases, lo que hace precisamente que se conserven en un número poco elevado en los yacimientos; pero son, sin lugar a dudas, una parte esencial del ánfora que debe ser considerada como tal o incluso con mayor detenimiento, pues la información que facilitan sobre el conjunto del envase es de primera importancia. El tapón, como su propio nombre indica, consiste en una parte destinada a impedir que el contenido del ánfora se derrame o que algún cuerpo externo no deseable entre en la misma. Desgraciadamente, por su carácter deleznable y su pequeño tamaño poseemos pocos datos para referirnos a los sistemas de cierre de las ánforas, datos que se hacen más escasos todavía cuando nos salimos de las ánforas romanas. En Roma, el proceso de sellar o cerrar el ánfora se denominaba *gypsare* (11) y consistía generalmente en una tapa de corcho que impermeabilizaba y una costra de cal en el exterior que la fijaba ayudada por las estrías del interior del cuello del ánfora. Sobre esta costra de cal, denominada *puzzolana*, se imprimía el nombre del comerciante (12). Otro curioso sistema de cierre en el ámbito romano era el de unas pequeñas botellitas de paredes estriadas, que eran introducidas de forma invertida en el cuello del ánfora taponándolo (13).

(11) Petronio, 10, 24.

(12) Sobre este taponado de las ánforas romanas, véase BENOIT, F.: «L'archéologie sous-marine en Provence». En *Rivista di Studi Liguri*, 3-4, 1952, pág. 250. Y sobre ambiente púnico pero en ánfora romana véase GUERRERO AYUSO, V. M.: «El asentamiento púnico de Na Guardis». En *Excavaciones Arqueológicas en España*, 133, Madrid, 1984, pág. 81, fig. 32.

(13) BELTRÁN, M.: *op. cit.* en nota 10. 1970, pág. 76.

Por lo que respecta al sistema de cierre de las ánforas púnicas, los datos son menos numerosos, pero no debe extrañarnos que los centros productores fenicio-púnicos emplearan el sistema anterior de la *puzzolana* o alguna variante. No en vano sabemos por los textos que el vino de Cartago presentaba un cierto sabor a cal, con lo que el empleo del sellado en cal en ánforas púnicas no es ninguna idea aventurada (14).

Para finalizar este apartado, podemos decir que el uso de las ánforas se complementaba con una serie de accesorios que, en líneas generales, eran soportes destinados a su sujeción; éstos solían ser piedras utilizadas como calzas, trípodes o garfios de suspensión.

La tipología de las ánforas y los problemas tipológicos

La tipología anfórica debe concebirse como una estructuración compleja, en la que influyen variables de diferente índole que hay que concretar, y que tienen como fin determinar los elementos característicos que concluyen, o no, en una forma cerámica determinada y la frecuencia con que se presentan, con objeto de establecer una clasificación. Gracias a estos criterios podremos establecer una tipología útil que nos aclarará diferentes centros de producción anfórica, una evolución cronológica y, cuando los datos sean suficientemente ricos, un análisis de las mercancías transportadas vía marítima por cada grupo anfórico y las relaciones comerciales establecidas entre áreas diversas. Sin embargo, toda tipología debe ser considerada con una cierta precaución, como señalaremos más adelante.

Uso, cronología y noción de tipo como análisis del contenido en las ánforas

Un aspecto esencial en la tipología de los envases anfóricos consiste en determinar la duración de su uso. Pero esta cerámica destinada al comercio no es un producto de lujo al que haya que asociar la noción de moda, entendida ésta como una evolución de los gustos, por lo que la variación de sus formas será siempre menor que en la cerámica fina o de lujo. En consecuencia, y al tratarse de envases comunes, las variaciones se producen en una escala cronológica más amplia cuya duración media puede cifrarse en cincuenta años o más, por lo que siempre habrá que huir de dataciones excesivamente exactas. A esto habrá que añadir las enormes posibilidades de reutilización que ofrecen estos envases, aunque sobre esta cuestión en concreto volveremos más adelante.

Por otro lado, en las variaciones tipológicas reside la capacidad para determinar el paso de un tipo a otro y, en consecuencia, el cúmulo de diferencias que pueden ser el motivo de una ruptura radical con el *tipo origen*. En esto hay que tener en cuenta la evolución de cada una de las partes ya que, como

(14) BARTOLONI, P.: «Le anfore fenicie e puniche di Sardegna». *Studia Punica*, 4, Roma, 1988, pág. 21.

decimos, éstas pueden dar lugar a cambios significativos dentro de un tipo, por lo que no conviene desligarse en exceso en lo referente a la crítica de las partes por la del todo, ya que son aquéllas las que —fundamentalmente— nos presentan el panorama más apropiado para observar la evolución tipo-cronológica de cualquier forma de ánfora. En este sentido hay que tener en cuenta una serie de valores:

1. Dimensiones totales y parciales del envase
2. Grosor de sus paredes
3. Tipo de pasta y existencia, o no, de engobe
4. Licencias del alfarero.

Por consiguiente, para la determinación del concepto de *tipo anfórico* hay que tener bien claro el peso de las variantes (de las partes constitutivas) y la frecuencia con que éstas se dan (15).

Pero la forma de las ánforas no debe servir únicamente para establecer la noción de tipo, sino que también puede ayudar a diferenciar algunos contenidos. Esto lo tenemos muy claro en las producciones púnicas centromediterráneas, en concreto en la forma «Mañá D-1a» (subtipo del que el Museo Naval de Madrid conserva un excelente ejemplar con sellos e inscripción púnica) (16), pues se suponía que este subtipo de ánfora, al contener un disco plano en la boca impediría verter líquidos, por lo que su contenido debió ser algún sólido. Esta suposición ha venido a comprobarse empíricamente con la aparición de espinas de pescado asociadas a este subtipo en el *Punic Amphora Building* del fórum suroeste de Corinto, lo que prueba que estos envases transportaron algún tipo de sólido.

La documentación de las ánforas y el lenguaje descriptivo-documental

La documentación del material anfórico exige dos presupuestos de base con los que comenzar: la información que brinda el ánfora y la organización de esta información (cuestiones formales).

Empezando por el primer argumento, el de la información que proporciona el ánfora, hay que señalar que ésta dependerá siempre del objeto de estudio

(15) Para nosotros los términos *tipo* y *subtipo* encajan en la definición de CLARKE, D. L.: *Arqueología Analítica*. Barcelona, 1984, págs. 444-445. A saber, *tipo*: «Artefacto tipo específico; una población homogénea de artefactos que comparten una gama sistemáticamente recurrente de estados de atributos dentro de un conjunto politético dado. Una afinidad de nivel intermedio (del orden del 30-60 por 100) que une a la población en bloque». *Subtipo*: «Subtipo o variante de artefacto; una población homogénea de artefactos que comparten un subconjunto dado en un conjunto politético de atributos de un artefacto tipo específico. Una subpoblación con un elevado nivel de afinidad (del orden del 60-90 por 100) reuniendo a los individuos en un todo».

(16) LARRIO LARA, M. A.: «Un ánfora púnica inédita del tipo “Mañá D” del Museo Naval (Madrid)». En *Revista de Historia Naval*, 46. 1994, págs.53-62.

que se pretenda con dichos envases. Así, por ejemplo, si pretendemos un estudio ceramológico la descripción deberá ser siempre muy exhaustiva, mientras que si lo que pretendemos es un estudio económico a partir de las ánforas, la descripción podrá ser más sucinta.

Por lo que respecta a las cuestiones formales, éstas estarán siempre determinadas por las operaciones que el ánfora permitirá efectuar. Para ello un esquema básico de recopilación y ordenación de la información debe ser tenido en cuenta, y muy bien puede ser el señalado por Hamon y Hesnard (17) que aquí ofrecemos sintéticamente:

1. Recogida rápida y exhaustiva de la información.
2. Difusión de la documentación.
3. Creación de un «lenguaje» comprensible universalmente (18).
4. Compatibilidad en el soporte de difusión de esa información.

Por otro lado, se hace necesario la elección de un lenguaje descriptivo-documental apropiado que aportará datos intrínsecos (morfología, datos técnicos, inscripciones, *tituli picti*) y extrínsecos (cronología, sitio del hallazgo, proveniencia...) con objeto de ser lo más concisos posible, aunque el lenguaje utilizado habitualmente no lo permite, pues para dos autores diferentes la palabra *cuello* no significa lo mismo y menos aún si a este sustantivo le añadimos diferentes adjetivos como *estrecho*, *globular*, *arqueado*, etcétera.

En consecuencia, necesitamos un código que regularice y estructure ordenadamente la información del material anfórico, para una mejor comprensión global pero al mismo tiempo detallada. El diseñado por Hamon y Hesnard nos parece el más apropiado, con sus diferentes subpartes muy específicas que aquí no incluimos (19):

Zona morfológica:

Panza.

Base: pie.

Base: fondo.

Cuello.

Labio.

Asas: puntos de unión.

Asas: perfil.

Asas: sección.

Particularidades.

Dimensiones.

(17) *Op. cit.* en nota 3, pág. 18.

(18) Esto, por ejemplo, debe realizarse también con el material gráfico (dibujos) de las ánforas, que exige necesariamente un criterio común para todos.

(19) No obstante, véase GARDÍN, J. C.: «Four codes for the description of artifacts: an essay in archaeological technique and theory». *American Anthropologist*. 1958, 60-2, págs. 335-357.

Zona técnica:

Descripción de la pasta.
Fabricación.
Decoración.

Zona epigráfica:

Técnica y posición de las marcas.
Contenido de las marcas.

Zona de datos arqueológicos (contexto).

Con estos cimientos que nos sirvan de sustento, obtendremos conclusiones importantes en el estudio del material anfórico y estableceremos principios útiles que puedan actuar como criterios directores. Veamos algunos ejemplos:

1. La unidad de un conjunto de ánforas radica en la forma y en las características de la cerámica (pasta).
2. Tal y como decíamos más arriba, no debemos centrarnos únicamente en la forma general del ánfora sino también en la unión de sus diferentes partes.
3. Determinaremos cómo las variantes observadas pueden dar lugar a nuevos tipos.
4. Tendremos una mayor seguridad a la hora de buscar el germen que dio lugar a una forma anfórica.
5. Percibiremos que dos ánforas, aunque sean parecidas, no tendremos que incluirlas en el mismo saco cronológico.
6. Permitirá establecer ciertas relaciones entre la forma del ánfora y su contenido (20), etcétera.
7. Comprenderemos la tipología como algo útil, pero al mismo tiempo nos hará pensar que es algo limitado y que, por tanto, el estudio de las ánforas no debe detenerse en la tipología meramente, sino en lo que de ella se deriva: el estudio de las relaciones comerciales y marítimas en la Antigüedad.

Las equivalencias tipológicas. Problemática

No entramos en este apartado en la problemática de las diferentes tipologías, punto por punto, que se han realizado tanto en las ánforas fenopúnicas como en las romano-republicanas, griegas, etc. Simplemente estableceremos de manera muy general las limitaciones que las diferentes tipologías pueden

(20) Véase el ejemplo que damos para la forma «Mañá D-1a» a partir de los ejemplares documentados en Corinto.

entrañar, y señalar los elementos que pueden inducir a error al trabajar fríamente con dichas estructuraciones tipológicas.

Para empezar, las tipologías se realizan por regla general partiendo de las características propias que el material anfórico tiene en cada área de estudio, por lo que a la hora de establecer una clasificación general más amplia que abarque a diferentes áreas geográficas, las variaciones observadas pueden ser significativas y, por consiguiente, erróneas las deducciones. Esto se debe en parte a que los conocimientos sobre determinados grupos anfóricos no son suficientemente ricos, de ahí la necesidad de hacer referencias constantes a las diferentes áreas en que se han documentado para poder matizar cuestiones de detalle. Este «recurso de estructuración geográfica» tiene el inconveniente, como decimos, de obstaculizar una visión completa y global. Por ejemplo, dentro del caos que reinaba en la clasificación de las ánforas púnicas no ebusitanas hasta la reciente aparición del libro de J. Ramón (21), era interesante observar cómo un mismo tipo anfórico recibía varios nombres, o cómo diferentes formas eran incluidas en el mismo saco tipológico.

Esto deriva en cierta forma de la laxitud con que se toman los criterios esenciales que deben reinar en una organización básica de la información. Nos referimos en concreto al escaso interés que se observa en las cuestiones formales de organización de dicha información, tal y como decíamos más arriba (22), o a los defectos en los criterios descriptivos derivados de la imprecisión en el lenguaje empleado (23) a la hora de hacer hincapié, por ejemplo, en la descripción de algunas partes fundamentales del ánfora.

Ya para finalizar este apartado incluimos, a modo de ejemplo, una síntesis de la tipología realizada para algunas de las ánforas romano-republicanas por tres investigadores diferentes, con objeto de ejemplificar la confusión que puede generar una estructuración tipológica que no tenga en cuenta «criterios universales»; de ahí que siempre haya que aclarar el autor sobre el cual nos basamos, con objeto de «prevenirnos» a la hora de obtener nuestras propias conclusiones (24):

(21) RAMÓN, J.: *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*. Barcelona, 1995.

(22) A modo de ejemplo, para el maremágnum de la clasificación de las ánforas púnicas véase en primer lugar RAMÓN, J.: *Las ánforas fenicio-púnicas del Mediterráneo Central y Occidental*. Barcelona, 1995, págs. 149-157.

(23) *Op. cit* en nota 3, pág. 18

(24) Nos basamos en esta ejemplificación en tres autores simplemente: Dressel, Lamboglia y Benoit. No hemos incluido, entre otros, las estructuraciones o matizaciones de Schumacher, Schoene, Grenier, Pelichet, Loeschcke, Callender o Zevi; no obstante, las traemos aquí a colación para demostrar, aunque sólo sea por el número de autores citados, el caos que puede generarse ante un panorama tan complejo de divisiones tipológicas. Para nuestro resumen hemos tenido en cuenta las siguientes obras: Dressel, *op. cit* en nota 2; BENOIT, F.: «Typologie et epigraphie amphoriques. Les marques de Sestius». *Rivista di Studi Liguri*, XXIII. 1957, págs. 247-285; y LAMBOGLIA, N.: «Sulla cronologia delle anfore romane di età repubblicana (II-I secolo a. C.)». *Rivista di Studi Liguri*, XXI. 3-4, 1955, págs. 241-270.

Descripción	Dressel	Lamboglia	Benoit
Ánfora grecoitálica del labio inclinado	No fue estructurado como tal	Tipo «4»	Republicana I
Ánfora grecoitálica con labio en burlete	Tipo «2-3»	Tipo «3»	Republicana II
Ánfora itálica con labio derecho rebajado	Tipo «1»	Tipos «1-A», «1-B» y «1-C»	Republicana III

Interpretación económica de los datos anfóricos. Algunas consideraciones.

Las ánforas no son más que un medio que debe ayudarnos a la consecución de un fin: la interpretación de un proceso económico. De ahí que el estudio de las ánforas no debe quedar constreñido a la mera tipología. A continuación señalamos brevemente algunas «reglas» a tener en cuenta en este sentido.

A la hora de establecer corrientes comerciales hay que fijarse, dentro de los yacimientos, en los tipos presentes y ausentes y, en caso de presencia, la proporción observada en cada yacimiento. La frecuencia no sólo debe centrarse en la forma de las ánforas sino también, cuando los datos lo permitan, en el posible contenido que tenía el ánfora. Con esto deducimos la cronología, aproximada o exacta, del yacimiento y las costumbres (qué es lo que se consumía). Cuando los datos son ricos y poseemos una buena tabla de usos podemos identificar ciertos grados de aculturación entre las áreas comparadas.

Comparando las frecuencias de los materiales de los diferentes yacimientos y según las similitudes que se puedan observar, tendremos más o menos localizadas tanto las líneas comerciales como una estrecha relación entre distintos puntos geográficos. Por regla general, en los yacimientos primarios hay más frecuencia de objetos y también mayor variedad, mientras que en los yacimientos secundarios la frecuencia y la variedad siempre son menores.

En los estudios de corrientes comerciales no debe despreciarse el análisis de los pecios o barcos hundidos. En esto es de vital importancia averiguar la cantidad de mercancía que puede transportar el barco y la variedad de productos que transportaba. Así, conociendo estos datos podemos deducir que cuando en un barco hay una importante variedad de productos, quizá sea indicativo de que el demandante de esa mercancía la exige de encargo o bien que simplemente se está abriendo un mercado. Por el contrario, si hay un solo producto que se repite la cuestión es bien diferente, pues ya puede haber una corriente comercial claramente establecida.

Como precaución a todo lo que hemos dicho, es necesario tener en cuenta que puede ser peligrosa la relación entre el número de restos de ánforas y el número real de ellas. Así, en las variaciones de proporciones observadas en las sucesiones estratigráficas a menudo se hace como si los cambios en los porcentajes de los diversos tipos de ánforas reflejaran cambios análogos en la intensidad de las corrientes comerciales, y sin embargo simplemente puede

estar indicando la llegada de otros tipos anfóricos. Es obvio que para obtener conclusiones fundadas en lo referente al comercio hay que tomar una muestra considerable de restos de ánforas para así obtener datos fiables entre muestra y realidad.

Los usos secundarios de las ánforas. Otras consideraciones

Las ánforas constituyen un objeto cerámico que brinda enormes posibilidades de reutilización, de ahí que se haya hablado de la enorme rentabilidad de estos contenedores. Haciendo aquí un repaso muy breve (25), podemos decir que su uso está muy bien atestiguado como «sarcófagos funerarios»; en el ámbito urbano como tuberías, desagües..., y en los teatros como potenciadoras de la acústica; como cunas para los niños (dentro del ámbito romano) o simplemente con fines bélicos al ser utilizadas como primitivas bombas en las batallas navales.

Las ánforas asimismo poseían etiquetas para dar una información sobre el contenido, o simplemente ésta se indicaba con inscripciones pintadas en la misma arcilla. Tenemos un ejemplar de ánfora «Haltern 70» (también llamadas «Camulodunum 185» o «Vindonissa 583») procedente del pecio de Port Vendres II donde se lee, en una inscripción pintada, «*defrutum excellens*» (vino cocido excelente) (26).

Por otro lado, para terminar este apartado queremos señalar que las ánforas no deben ser confundidas, aunque en algunas ocasiones sea bastante fácil equivocarse, con otros recipientes como el *dolium*. El *dolium* era una gran vasija destinada a contener la mercancía hasta que ésta fuera introducida en las ánforas. Poseía mayor capacidad que el ánfora (por regla general, en el ámbito romano entre 7 y 10 veces más capacidad para albergar una mercancía). El *dolium* se encontraba generalmente en la bodega mientras que el ánfora se destinaba al transporte marítimo, de ahí que las ánforas contengan una punta a modo de pie y los *dolia* no, pues estos últimos se encastraban con cierta profundidad en el suelo.

El ánfora era también en Roma una medida de capacidad que equivalía al *quadrantal*, que a su vez correspondía a un volumen de peso de unas 80 libras (la libra romana pesaba 327 gramos). Por regla general se admite la capacidad del ánfora romana en unos 26,30 litros. Esto es sumamente importante para el estudio del comercio en el Mediterráneo Occidental, pues la influencia que ejerce el *quadrantal* romano sobre las medidas de las ánforas de otras filiaciones, como las púnicas, es algo incuestionable a partir de la Segunda Guerra Púnica, como producto de todo el proceso sustitutivo que el comercio romano establece en su expansión, en detrimento del comercio púnico.

(25) Para una reseña interesante sobre este aspecto, véase el ingenioso artículo de DELL'AMICO, P.: «Ánfore in libertà». En *Archeologia viva*, 45 (Maggio-Giugno, nuova serie), 1994, págs. 65-68.

(26) COLLS, D. *et alii*: «L'épave Port Vendres II et le commerce de la Bétique à l'époque de Claude». En *Archaeonautica*, 1, 1977, especialmente las páginas 86 a 89.

Conclusión

Somos conscientes de que no hemos tratado en esta nota introductoria algunos aspectos importantes en el estudio de las ánforas, como la epigrafía, las posibilidades que brinda el análisis de la pasta (27), los sistemas físicos de estudio de las pastas, los revestimientos internos del ánfora, etcétera, pues harían esta nota interminable. Sin embargo, no queremos terminar sin recalcar nuevamente que el ánfora no es más que un objeto arqueológico cuyo estudio nos permite sacar conclusiones sobre el desarrollo comercial en un determinado momento y que éste es el verdadero objetivo; por tanto, no debemos estancarnos en el estudio del ánfora en sí misma. En definitiva, lo que debemos desechar es la concepción positivista del objeto arqueológico, del ánfora, como *artefacto*, en favor de una consideración de estos recipientes como un *producto*. En este sentido las tipologías son importantes, pero no lo son todo. La vieja consideración de la pieza arqueológica como un objeto físico-individual de gran valía en sí mismo y por sí mismo ha causado enormes desatinos y un abuso innecesario en la utilización de las tipologías. Por tanto, quiero traer aquí a colación la excelente idea de Chang (28) cuando señala que el objeto arqueológico es «un miembro de una clase significativa de productos de conducta». Por consiguiente, y finalizando esta conclusión con palabras de Ruiz, Molinos y Hornos (29), «Un ánfora es producto obtenido en un proceso de producción, es valor de uso en un proceso de consumo, un medio de trabajo que puede adquirir un diferente valor... según se utilice para contener, para el transporte o para conservar el aprovisionamiento, y, en última instancia, asociada a su contenido se convierte en una mercancía».

(27) Sobre estos aspectos, de manera general e introductoria, puede verse en primer lugar CONDAMIN, J. y FORMENTI, F.: «Detection du contenu d'amphores antiques (huiles, vin). Étude Methodologique». En *Revue d'archéométrie*, 2. 1978, págs. 43-58. Y más recientemente MANIATIS, Y. *et alii* : «Punic Amphoras found at Corinth, Greece: an investigation of their origin and Technology». En *Journal of Field Archaeology*, 11. Boston, 1978, págs. 205-222.

(28) CHANG, K. C.: *Nuevas perspectivas en arqueología*. Madrid, 1976, pág. 17.

(29) RUIZ, A., MOLINOS, M. y HORNOS, F.: *Arqueología en Jaén. Reflexiones desde un proyecto arqueológico no inocente*. Diputación Provincial de Jaén. Jaén, 1986, pág. 58.